

acontecimiento escandaloso. Se pueden distinguir distintas clases de escándalo: según los valores que atacan; según su difusión, etc.; y la tipología de los escándalos llevará a una tipología de los ambientes sociales, de las civilizaciones. Los efectos del escándalo son diversos. En primer lugar, dividir el público en dos mitades: los que intentan restablecer la euforia perdida y los que quieren destruir la antigua confianza y crear una nueva conciencia. Lo cual indica que en el fondo pone en peligro los valores recibidos, siendo como su piedra de toque: salen o robustecidos o destruidos. El escándalo refuerza el sentimiento del nosotros. Otro problema sería ver cuáles son las épocas históricas en que se producen más fácilmente los escándalos.—E. G. A.

CROZIER (M.): *L'ambiguïté de la conscience de classe chez les employés et les petits fonctionnaires*, en «Cahiers Internationaux de Sociologie», París, XVIII, 1955, págs. 78-97.

Las discusiones sobre la conciencia de clase dependen, fundamentalmente, de la elección del concepto de clase. La categoría «empleados-pequeños funcionarios» constituye una perspectiva de análisis de estructuras de clases con caracteres bien ambiguos que obliga a atenerse a una teoría más rigurosa. Se trata, en efecto, de una «*déviacion collective*» que obliga a examinar el problema en conjunto. El hecho cierto es que esta clase de trabajadores escapa a la acción de factores que se reconocen habitualmente como fundamentales en la determinación de una conciencia de clase: condiciones materiales de vida, lugar en el proceso social de producción, etc., que crea una seria dificultad en su estudio. No obstante, se puede apelar a un punto de vista relativo en cuanto a su comportamiento y reacciones ideológicas, como así también a determinar en alguna medida cuándo ellos se identifican con el mundo burgués, cuándo con el mundo obrero y cuándo se constituyen como clase separada.

1.º Lo primero que llama la atención al enfrentarse con este tipo determinado de trabajadores es la contradicción en las reacciones, que groseramente se podría esquematizar así: ante los obreros, los empleados y pequeños funcionarios se sienten como ellos: «tra-

bajadores»; ante el patrón, o el Estado, se sienten «colaboradores». Estas dos manifestaciones no son opuestas; hay que considerarlas como inseparables, como dos fases de una misma realidad. Desde este punto de vista, la vida del empleado y del pequeño funcionario es, a la vez, la de un trabajador explotado y reivindicante y la de un pequeño burgués respetable y conformista.

En cuanto a la identificación del empleado y del pequeño funcionario con la burguesía no puede explicarse el hecho por una especie de contaminación, porque el problema quedaría pendiente ante la pregunta de por qué se contaminan estas clases sociales y otras no. Para comprender el problema hay que partir de la premisa de que la situación del empleado y el pequeño funcionario facilita la identificación al mundo burgués. A la vez que esta capa social se presenta como dirigente —en el trato diario de su trabajo— y se encuentra afectada del *complexe de capitale*. Estos factores y algunos otros le hacen asimilar la cultura del grupo superior y vuelve esta identificación más fácil. Por otra parte hay que considerar que la proximidad física a las clases dirigentes es una proximidad jerárquica que tiene por consecuencia abrirle *chance* de subir a puestos superiores y escapar de su capa social. Esto lo hace sentirse superior al obrero —al que casi esta *chance* le está vedada— aunque gane menos, porque no siente como ilegítima esta ascensión.

Los experimentos hechos en niños de edad escolar (Alfred Kinsey: *Le comportement sexuel de l'homme*, París, 1948; Dr. Henyer: *Le niveau intellectuel des enfants d'âge scolaire*) han mostrado que los niños de los empleados «ne son pas d'un metal plus fin que celui dont sont faits les enfants d'ouvriers», se puede concluir que el medio en el cual se desarrollan favorece la elevación del nivel intelectual, y como este nivel está fuertemente medido según los *standards* de la sociedad actual, se tiene un signo de la acumulación del medio «empleado» a las normas de la clase dirigente. Todo parece demostrar que lo que pretende esta clase social, más que una reivindicación material, es un ascenso social.

Se podrían sacar las siguientes conclusiones:

a) El nivel de información de los

empleados y pequeños funcionarios es más elevado que el de los obreros y campesinos; más débil que el de las profesiones liberales y algo más elevado, poco, que el de los comerciantes, industriales, etc. b) El interés de los empleados por los acontecimientos políticos es diferente que el de los obreros y campesinos y tiende a aproximarse al de las profesiones liberales (los primeros se preocupan más por los problemas políticos exteriores y generales, mientras que los obreros, y sobre todo los campesinos, son más sensibles a los problemas interiores). c) No obstante, el nivel de información del grupo empleado-pequeño funcionario, el tipo de interés que manifiestan que tendería a aproximarlo a la clase dirigente, el nivel de su participación política es muy débil. No hacen proselitismo y adoptan una actitud crítica e inquieta ante el programa y los dirigentes de sus partidos. d) El nivel cultural puede ser equiparado a los grupos superiores y a las profesiones liberales. Leen los libros generalmente reputados serios y los periódicos de prestigio. (Los empleados de provincia, por ejemplo, leen los periódicos de París.)

Todo esto parece demostrar que esta clase social quiere ascender a la burguesía. Interpreta su situación como transitoria. Se conduce como un *stagiaire* de la burguesía. De lo que se trataría de saber ahora es en qué medida esta ascensión se realiza y cómo se efectúa en la realidad.

2) En cuanto a la identificación del empleado y pequeño funcionario con el obrero, se pueden dar los siguientes factores: la remuneración, la disciplina, las condiciones de trabajo y el tipo de satisfacción. Hay que destacar un hecho: la notable proletarización de los efectivos de esta capa social a causa de la evolución técnica. «El maquinismo y la organización del trabajo han hecho su aparición en los escritorios y en los mismos procedimientos de venta.» La introducción de máquinas calculadoras, estadísticas, etc., han operado una pequeña «revolución industrial en el mundo de los Bancos, de los seguros y, poco a poco, en todos los grandes servicios administrativos públicos y privados». A esto hay que sumar la organización racional del trabajo; la secretaria, la dactilógrafa, la organización del trabajo en *pool*, el uso del dictáfono por lo que el jefe no tiene ne-

cesidad ya de ver a la secretaria o a la estenógrafa, quitando el trato humano en el trabajo, etc. En cuanto a la disciplina, se hace más igualitaria y menos arbitraria, más imperativa e impersonal, el horario estricto, el control al ritmo de trabajo. Otro detalle importante lo constituye el aprendizaje y el problema del comportamiento sindicalista del empleado. En un principio, el comportamiento aparece bastante ambivalente; desenvuelve una acción de orientación obrera con formas y preocupaciones que traducen el cuidado de respetabilidad y ascensión social de sus promotores. A partir de 1936 se produce una completa solidaridad con los gremios obreros. Pero, no obstante declararse obrero para reclamar ventajas, no deja de jugar a burgués.

3) Las dificultades de inscribir a esta clase con los obreros o con los burgueses pareciera querer mostrar que se trataría de una clase aparte. Ya se ha comenzado a hablar de una clase «tecnoburocrática». Ante tal hecho, esta clase sería el proletariado de la clase dirigente y formaría con ella una *couple dialectique* destinada a reemplazar la vieja pareja «burgués-obrero». En Francia, la nacionalización ha transformado a los obreros en casi pequeños funcionarios. En esto influye mucho el sistema de promociones y concursos. Por otra parte se puede ver que los empleados tienden a proletarizarse. Esta lenta evolución hacia una fusión no significaría nada para que el grupo de empleados tienda a constituirse en una verdadera clase. Para contestar a esto hay que partir de un concepto de clase, lo que significa retener tres criterios: resistencia a la penetración de la sociedad global, incompatibilidad con las otras clases y estructuración intensa. a) El empleado es más permeable que los obreros y campesinos a las normas del mundo burgués. Esto parecería demostrar que no podrían constituir una clase autónoma. No obstante, habría que verse la «reacción» y «resistencia» a la penetración, pero no desde el punto de vista de una subordinación. b) Frente a la incompatibilidad de las clases obreras y burguesa los empleados son capaces de sentirse alternativamente tanto la una como la otra. c) Aparentemente, el grupo de los empleados parece amorfo. Sus líderes o son obreros o pertenecen a los «cadres». Sólo los pequeños funcionarios pueden pretender una dirección

autónoma y una estructura relativamente apretada. De lo dicho se desprende que, por ahora, el grupo de empleados-pequeños funcionarios escapa a una definición posible de clase.

Concluyendo, se presentan las siguientes vías como medios más fructuosos para un estudio de este grupo: 1) Comprender la situación del empleado como situación de transición. 2) Comprender la manera cómo el empleado asimila las normas burguesas, analizar los fundamentos de su complejo de pasividad (el hombre informado y no participante). 3) Estudiar el papel de la cultura en tanto que modo de promoción y vía de acceso al estamento burgués. 4) Estudiar los efectos de las transformaciones modernas del trabajo de escritorio: a) Adaptación al trabajo; b) Relación del empleado con el trabajo y su oficio; c) Relaciones con los jefes y reacciones al nuevo tipo de disciplina; d) Participación social general, y e) Aspiraciones y representaciones que tiene de su propia situación. 5) Comprender la significación particular que reviste el sindicalismo para los empleados que a él se agregan. 6) Intentar descubrir las reacciones de «fad-bock» en el sistema de manipulación al cual el empleado está sometido; medir su resistencia a la social global.

Las investigaciones hechas con este método en la administración pública de París muestran, precisamente, la ambigüedad de la conciencia de clase de los empleados y pequeños funcionarios, con matices sumamente interesantes en muchas manifestaciones de su vida.—
JUAN CARLOS AGULLA.

COGAN (M. L.): *The Problem of Defining a Profession*, en «The Annals of the American Academy of Political and Social Science», vol. 297, enero 1955, págs. 105-111.

Definir la profesión en cuanto tal tiene sus riesgos. Estos nacen de que el objeto está dentro del juego de acciones y reacciones sociales, y el concepto se carga de potencia emocional. Por ello, muchos de los más eminentes investigadores sobre la materia no se aventuran a dar una noción. Representantes característicos de esta tendencia pueden ser Alexander M. Carr-Saun-

ders y P. A. Wilson, cuyo libro *The Professions* (1933, ocupa un puesto destacado. Igualmente O. Garceau (*Some aspects of medical politics*, 1939) y Roy Lewis y Angus Maude (*Professional People in England*, 1953). El autor del artículo estima, por ello, que se ha progresado poco desde que Abraham Flexner, en 1915, propusiera unos criterios, devenidos clásicos. Sin embargo, cabe examinar los caminos seguidos para circunscribir tan importante concepto sociológico, y clasificarlo en tres niveles. Primero, la profesión se define en un nivel histórico y lexicológico. Su ventaja es evidente. «Sólo cuando se ha hecho un examen lexicológico e histórico, como paso inicial en el proceso, es posible comenzar a aislar los rasgos esenciales de la profesión en general y describir, aunque sólo como intento, los límites que los separan de estos términos conexos». (Pág. 106.) Segundo, el que el autor llama «nivel persuasivo». Consciente o inconscientemente, estas definiciones tratan de conformar las aptitudes personales respecto a las profesiones. Las profesiones tienen que ser deseadas y deseables, y a ello contribuyen las definiciones persuasivas. Este aspecto ha sido subrayado, entre otros, por R. D. Kohn. *The Significance Professionals Ideals*, en «The Annals», 101, mayo 1922, y R. Pound, *The professions in the Society of Today*, en «New England Journal of Medicine», 241, sept. 1949. Junto a estos dos tipos está el tercero: el tipo «operacional». Arranca del clima científico de nuestra época. «Se pide lo observable y mensurable; las afirmaciones lexicológicas y persuasivas no satisfacen» (pág. 108, col. 2). Los conceptos operacionales determinan la educación general y especial que se exige, los requerimientos para la admisión en la práctica de la profesión, los *standards* demandados para un servicio competente. Están íntimamente ligadas con los códigos de ética profesional. B. Y. Landis ha subrayado en su importante libro *Professional Codes*, New York, 1927, que las profesiones que se basan en «a code containing clear definitions of situations» son los que alcanzan un control óptimo sobre la conducta ética de sus miembros.

Queda, por último, indicar los problemas y áreas de investigación. Son, en primer lugar, la absorción de los profesionales por el Estado y las gran-